

Memorialistas & Viajeros

Malcolm Lowry: “Por el Canal de Panamá”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Hay pocos autores tan inquietantes en la historia de la narrativa como Malcolm Lowry (1909-1957). En él, vida y arte se fundieron de tal manera que el resultado, su obra, es el registro continuo de ese viaje con fecha de salida y de término que todos emprendemos, cual más cual menos, para encontrar el paraíso (acá en la tierra y no en el cielo). Y hay muchos que dan vueltas y vueltas en torno a un solo lugar: el infierno.

Por el Canal de Panamá es el registro de un viaje en tono de ficción, publicado póstumamente en 1960. Es posterior a la novela *Bajo el volcán* (1947), su obra maestra; y a *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* (1968), también publicada tras su muerte. Su extraña muerte, que no está claro si fue producto de una intoxicación alcohólica aguda, un suicidio con calmantes, o la mano deletérea (quizá benévola) de su segunda esposa. Su amada Margerie, a quien había agredido. *Oscuro...* es por cierto otra obra maestra; aunque inconclusa y más bien desconocida. Trata de un viaje a los lugares de escritura de *Bajo el volcán*, en México, con momentos de exaltada felicidad y caídas en las tinieblas del alcohol y la depresión, francamente horribles.

Digamos que el inglés/canadiense Lowry tuvo en mente un plan de escritura más o menos quimérico: escribir un ciclo de siete novelas que titularía *El viaje que nunca termina*, una suerte de *Divina Comedia* (con sus etapas Infierno, Purgatorio y Paraíso, como lo hizo Dante), que narraría su búsqueda de redención a través de los círculos infernales. Lo suyo constituye en parte un registro de borracheras, la degradación que ello significa, la agonía de la abstinencia, la culpabilidad como parte del sufrimiento de la vida.

Lowry parte del puerto de Vancouver, Canadá, una noche de noviembre de 1947 en compañía de Margerie. Ha publicado ese año su gran novela, el éxito ha sido fenomenal. Redacta un diario de viaje amparándose en un personaje llamado Sigbjorn Wilderness, su otro yo y protagonista de *Oscuro...* También aparece Martin Trumbaugh, protagonista de *Bajo el volcán*. El barco se llama *Diderot*. Destino: Rotterdam, Holanda. La despedida de su hogar, de sus bosques, es dura: “No puedo creer que mañana ya no caminaré por esta vereda”. Frases como ésta marcan el tono inicial del diario, nada de retórica, todo es tan cotidiano como para cualquiera. Aunque el texto contiene abundantes referencias literarias. Malcolm Lowry era un hombre de letras.

Son los únicos pasajeros, el resto es tripulación. Primrose (como llama a su esposa en la novela *Oscuro...*) “lleva puestas todas sus pulseras mexicanas de plata, la veo calmadamente tensa, eléctricamente bella y excitada”. Lowry escribe durante el viaje, aunque un ojo puesto en las furias marinas. Se halla en plena creación de *Oscuro...* Por cierto, para él, tal proceso no se revela sencillo: “oleadas de inagotable angustia perseguidas por el insaciable albatros del yo”. Se acuerda de escritores: “Fielding con hidropesía. Cuando su viaje a Portugal lo subieron a bordo en una canasta”. Strindberg y

su horror a usar a la gente. Fitzgerald y sus cualidades: caballerosidad y decencia. Melville y su odio a los pájaros de mal agüero. Pirandello que ronda, etc. Obsesos como él mismo. La música que ama, le resuena: Louis Armstrong y sus discos de los años 20. Trumbaugh llamado así por Frankie Trumbauer, el trombonista de Bix Beiderbecke.

Pasada importante frente a Alcatraz, el presidio. Una imagen: “El capitán tiene un aspecto formidable con su perfil ganchudo contra el cielo. Está enfadado...”. Más recuerdos de autores: Joyce, Lawrence, sus pares. Contento Lowry: “Primrose es muy feliz. Nos abrazamos en la oscuridad, sobre cubierta”. Imágenes de Baja California, cruce de la frontera con México. Acapulco: Lowry dice reconocer la costa, allí puso el pie en México por primera vez, con su primera esposa. Luego una visión del país zapoteca, la misteriosa Oaxaca. Avista un cóndor, ya en el Darién. Peces voladores, una tortuga, le recuerdan un poema de Wallace Stevens. Ballenas. Bajando por la costa de Guatemala. Desfilan El Salvador, Nicaragua, Costa Rica. Un 25 de noviembre anota: “¡Malditas sean todas las repúblicas centroamericanas con su corrupción, su lindura, sus dictadores, sus mordidas, sus turistas, sus revoluciones tontas, sus volcanes, su historia y su calor!”.

Un barco ruso aparentemente ardiendo (aunque sólo expele demasiado humo, de puro viejo) le evoca a Conrad, *Juventud*. Por fin, el cruce del Canal de Panamá. Aventura ante todo burocrática. Y selvas como ensalada de achicoria y espinaca. Hay más, el viaje sigue. Lowry nos ha hecho participar maravillosamente de su proceso creativo, complicado, distraído por todo, atento a cualquier traza de alcohol. Sufre por las dificultades de conseguirlo a bordo. Una parada en Curazao le permite comprar una caja de ron. Está arrepentido, debió comprar tres. Recibe una carta: su madre está gravemente enferma en Londres. La *Mer Morte*. Nueva excusa para beber. Suben más pasajeros, menciona a Somerset Maugham y su afán de chismorreos. Son holandeses: Alcoholicus Hyeronimus. Más autores le vienen a la mente: Mark Twain (Delirium Clemens), Thomas Wolfe, Hawthorne. Sicomoros: “árboles como sombrillas planas”.

Feroz tempestad en el Atlántico: “uno de esos vientos sudoestes conradianos que tanto temen los marineros”. De allí en adelante un registro del horror de la tormenta, en directo por Malcolm Lowry, hasta la salvación final: “La *Mer Morte*, un mar que llega después de un día de ventiscas, cuando el viento se abate, dejando atrás de sí la gran marejada del día anterior: una curda por dentro y por fuera”. Se mofa un poco de sí mismo.

“Todo lo que se ha escrito sobre la bebida es absurdo. Hay que pensar en el conflicto interior, la tristeza abrumadora que también nos lleva a participar en la trágica condición humana, en el conocimiento propio... Gin con jugo de naranja es la mejor cura para el alcoholismo, cuya causa verdadera es la fealdad y la completa e incomprensible esterilidad de la existencia tal y como nos la venden”. Un respetable manifiesto.

